

www.elboomeran.com

Nuruddin Farah

Nudos

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Abyan, mi hija,
y a Kaahiye, mi hijo,
con todo mi amor*

Uno

—¿De quién crees que es la culpa? —pregunta Zaak a Cambara.

—¿La culpa? —repite Cambara con irritación, apretando el paso y tomando la delantera, aunque no tiene idea de adónde va. Ha llegado a Mogadiscio ese mismo día tras una larga ausencia y no consigue ubicarse: los puntos de referencia de la ciudad han quedado destruidos ferozmente en el transcurso de la guerra civil por la que atraviesa el país, a tal punto que, a juzgar por lo que ha visto hasta el momento, duda que llegue a reconocer nada.

Cambara ha procurado mantener una distancia segura y cortés para evitar el mal aliento de Zaak, que padece gingivitis crónica. De niños crecieron en la misma casa y recuerda que el dentista le prescribía un dentífrico con propiedades antisépticas y aromáticas, además de un enjuague medicinal y un cepillo muy suave para la higiene dental. Cambara también recuerda que las encías le sangraban muchísimo y retrocedían a un ritmo trepidante; la inflamación, unida a la irritación provocada por las bolsas de sarro, le causó la pérdida de varios dientes. También recuerda los problemas digestivos que lo acompañaron siempre desde que Arda, madre de Cambara y tía materna de Zaak, trajo al chico con poco más de diez años del poblado nómada y lo acogió a su cargo para que pudiera acceder a una escolarización adecuada en Mogadiscio.

Cambara espera a que Zaak cierre la puerta, que chirría, y lo ve accionar el picaporte un par de veces, en un intento inútil por comprobar que lo ha ajustado bien, a pesar de que a todas lu-

ces está roto. Cambara recuerda que han pasado años desde la última vez que lo vio o mantuvo contacto directo con él. Arda se ha encargado de llevar y traer los mensajes entre ambos y ha convencido a su hija de que tenga paciencia y pase con él por lo menos los primeros días, desde que Cambara le comunicó su intención de ir a Mogadiscio. Engatusada por su madre, Cambara accedió a quedarse unos días con alguien «de su sangre», como ella dice, hasta ponerse en contacto con la amiga íntima de una amiga suya de Toronto. Por descontado Cambara sabe que no puede pedir que su madre recuerde el aliento pestilente de su sobrino, ni es justo suponer que esta razón baste para justificar que su hija no quiera compartir con él un mismo espacio, pero ¿cómo iba ella misma a olvidar lo espantoso que era, si le repugnaba hasta la náusea? Tampoco sabía que ahora fuera un fumador empedernido ni que mascarara constantemente *qaat*, el narcótico suave al que muchos somalíes de la urbe son adictos.

–Desde luego hay un culpable, ¿no? –insiste Zaak.

–¿Quién?

Zaak la deja pasar y que sea ella quien decida el rumbo al salir por la puerta lateral; ella mide más de uno ochenta, mientras que él apenas alcanza el metro setenta. Apenas han abandonado el recinto y han caminado cien metros cuando ella afloja el paso, se cubre la cabeza de manera más apropiada con un pañuelo liso, como dicta la tradición islámica, y luego camina a diez o veinte metros por detrás de Zaak. Humillando la mirada –una vez más, como se espera que caminen las mujeres en Mogadiscio en estos tiempos–, Cambara hurga en uno de los bolsillos interiores de su caftán hecho a medida para asegurarse de que lleva consigo el cuchillo, el arma que prefiere en caso de tener que defenderse. A ojos de cualquiera salta a la vista que ha hecho acopio de valor y está preparada para enfrentarse a una de esas sorpresas desagradables a las que cualquiera se expone en una ciudad asolada por una guerra civil. Aun así Cambara no quita ojo a la distancia que va desde la ruinosa carretera asfaltada hasta Zaak y desempuña el mango del cuchillo. A continuación tensa los labios y se los humedece; su cabeza emite dos mensajes contradictorios: uno la advierte de mantener la cautela, al tiempo que el otro se niega a depositar toda su confianza en Zaak, según le aconsejó su madre, porque

él tiene conocimiento de primera mano de cómo son allí las cosas. Adoptando una pose de indiferencia al escrutar a Zaak un instante, estudia sus expresiones, o la falta de ellas, y observa con sorpresa que no parece preocupado por que ocurra ningún suceso lamentable: el advenimiento de una señal que anuncie la escena de jóvenes armados decididos a desatar un espiral de violencia en el que cualquiera de los dos pudiese acabar con una bala en el cuerpo o asesinado. Cambara procura relajarse sin abandonar el estado de extrema alerta, si tal cosa es posible, y de pronto advierte el acre olor corporal de Zaak, la desidia y la roña que acompañan la mala vida de un mascador de *qaat*. El hedor la golpea con fuerza y se siente al borde de un vahído.

A modo de respuesta tardía a su pregunta sobre quién cree que es la culpa, Zaak musita un comentario ininteligible que ella no alcanza a descifrar. Con el enfado dibujado en el rostro, Cambara escruta el horizonte con nerviosismo y, al doblar una esquina, se encuentran de frente con varios jóvenes de *sarong* y chancas armados con fusiles de asalto AK-47. El instinto le dice que se ponga en guardia, una vez más lleva la mano con brusquedad hasta el cuchillo, aunque dos de los jóvenes parecen no reparar en ella, siguen mascando *qaat* religiosamente y discuten a grito limpio por el partido del día anterior entre el Arsenal y el Manchester United, aunque coinciden en que el árbitro calentó el partido al sacarle una tarjeta roja injusta al capitán de los Artilleros. Cambara mantiene la cautela hasta que se alejan del peligro.

—*Et tu?* —pregunta Zaak.

Ella no está de humor para contestar a esa pregunta tan pronto, nada más llegar, por lo menos hasta hacerse una idea cabal de lo que le depara este viaje. De hecho, se alegra de haberse abstenido de entablar con Zaak una conversación seria hasta ese momento, porque si hubieran hablado, le habría dado pie a inmiscuirse en los motivos de una visita que ella misma no sabe bien a qué obedece, más allá de la posibilidad de reencontrarse con su país natal y acaso recuperar también la propiedad de la familia, ahora en manos de un caudillo menor. La duda la corroe y no cesa de preguntarse si esa proeza podrá llevarse a cabo sin contar con la ayuda de mucha gente. Desde luego tiene claro que el caudillo no le dará ni tregua ni cuartel, puesto

que no forma parte de la naturaleza de esos salvajes mostrar clemencia con nadie. ¿Y qué hay de Zaak, su primo y ahora anfitrión? ¿Le tenderá una mano protectora si toma la decisión de plantar cara al caudillo? ¿Cómo reaccionará en caso de que ponga a prueba su lealtad hacia ella?

Al margen de lo que haga, no debe dejar a Zaak que sepa de los asuntos que la traen a Mogadiscio, por lo menos hasta afianzar su situación y protegerse de sus propias debilidades, que de otro modo podrían salir a la luz una vez iniciado el enfrentamiento con el caudillo menor y sus secuaces armados. En cualquier caso, no debe permitir que Zaak le interroge sobre los motivos de su visita, sobre qué la ha empujado a abandonar su vida apacible, a su marido y su trabajo en Toronto, donde ha residido tres cuartas partes de su vida, e ir a un país asolado por la guerra. Cambara pudo ver cómo las preguntas iban formulándose en la cabeza de Zaak cuando fue a recogerla al aeropuerto, y se percata de que quiere saber si se propone dejar su casa y trasladarse a Somalia. ¿Por qué ha traído semejantes maletones con todas sus pertenencias portátiles?

Que su matrimonio con Wardi ha sido desdichado no es ningún secreto, hace tiempo que todo el mundo se ha dado cuenta, pero además Zaak, por ser el anterior «marido» de Cambara, aunque solo sobre el papel, y haber «convivido» con ella en espacios reducidos (primero de niños, porque se criaron juntos, y luego como pareja, cuando iniciaron los trámites para algo así como un matrimonio de conveniencia), ve las cosas a su manera. La tiene por una mujer capaz de una generosidad ejemplar, que debe su lealtad por encima de todo a su madre y siente devoción por sus amigos, en especial por Raxma. Sin embargo, responde también al arquetipo de la mujer impulsiva, difícil de contentar y más difícil aún de encasillar, y de la que se dice que últimamente anda un poco ida, como es comprensible, tras la muerte de su hijo. Cambara culpa a Wardi, su marido, y a la amante canadiense con la que estaba, de que su hijo se ahogara. Y, aunque él no se ha atrevido a preguntarle por temor a que monte en cólera, creyendo que tocaría un asunto espinoso, Zaak supone que viene por una temporada larga, a juzgar por el peso y la cantidad de maletas que ha traído. Quizá le atraiga la idea de afincarse aquí en un intento desesperado por poner un océano entre Wardi

y ella, pero ha dicho a todo el mundo, salvo a su madre y sus amigos íntimos, que viene a pasar el duelo por su difunto y único hijo. Sin embargo, Cambara no se ha demorado en dolerse de su enorme pérdida, ni siquiera cuando Zaak le ha dado el pésame, más allá de reconocer su muestra de afecto con un somero «Gracias». Tampoco ha dejado que el nombre de su marido salga de sus labios, ni ha mencionado qué ha sido de su matrimonio. Se ha propuesto dar respuestas breves a las preguntas de su primo, ora asintiendo con la cabeza sin añadir nada, ora negando sin tampoco abundar en la cuestión. Por lo último que supo Zaak, a Wardi las cosas le van muy bien: finalmente es socio accionista del bufete en el que trabaja. Por su parte, Zaak ha tomado el camino sensato, evitando en apariencia los escollos más llamativos y los menos también, y ha optado por no presionarla. Y en los momentos en que se han quedado sin temas de interés, su conversación se ha desviado hacia la madre de Cambara, por la que ambos sienten un gran cariño.

Aun así, si hay una cuestión que ninguno de los dos desea abordar es el pasado común de su presunto matrimonio. Incómodos, han optado por no volver a visitarlo, por temor a que hablar sin trabas acabe llevándolos al umbral de un asunto que más vale no remover: los dos años que pasaron juntos bajo el mismo techo, en el apartamento que Cambara tenía en Toronto, en condición de marido y mujer —«Solo sobre el papel, que quede claro», matiza ella una y otra vez—, que habían sido un completo desastre. Tal vez ella no piense dar pie a ningún tipo de conversación íntima.

—¿Se han producido enfrentamientos aquí últimamente? —pregunta Cambara, alcanzándolo. Luego, con el cansancio dibujado en el rostro, mira el sol vespertino entrecerrando los ojos, dudando antes de articular la mandíbula en el ademán de bostezo que hace un pasajero en un avión para aliviar la presión de los oídos. El sol cae con un rigor que derrite los contornos de todos los volúmenes visibles. Cambara ve por doquier los indicios que delatan la devastación de la guerra civil: edificios que se desmoronan en absoluto desorden, muchos sin tejado, otros clausurados con tablonos y aspecto de haber sido pasto del vandalismo, abandonados. La carretera, antes asfaltada y en condiciones para la circulación de vehículos motorizados, se halla en un estado

deplorable; la fachada de la casa que da a la calle está llena de agujeros de bala, como si un tirador pésimo se hubiese dedicado a practicar allí con fusiles de asalto.

–Escaramuzas –dice él, como al hilo de un comentario anterior.

–¿Cuántos milicianos murieron?

–Solo civiles desarmados.

Como en atención a Cambara, Zaak aparta el cigarrillo de ella y lo sostiene con la mano izquierda, al tiempo que mantiene los dedos de la mano derecha cerca de la boca, casi tapándola. Además tuerce la cabeza, Cambara no tiene claro si se aparta para protegerla del tufo de la nicotina o si se ha dado cuenta del mal efecto que provoca en ella su apestoso aliento.

De repente, sin embargo, la sorprende al plantearle un desafío con la voz estridente de un hombre lleno de contradicciones, que un instante es cortés y acto seguido es cruel.

–No me digas que tienes miedo.

Por cómo ella da un paso atrás, podría pensarse que se prepara para cruzarle la cara de una bofetada. No lo hace. Solo quiere dedicarle, desde su más de metro ochenta de altura, una mirada cargada de desprecio. También piensa que su provocación pone de manifiesto una fanfarronería infantil, pero no por eso la irrita menos. Recuerda los años de juventud que pasaron juntos en la misma casa, la casa de los padres de Cambara, para ser precisos, cuando ella era capaz de cualquier cosa ante un desafío. Zaak no: él no era rebelde por naturaleza ni acostumbraba actuar tan impulsivamente. A fin de cuentas, Cambara era la hija adorada de la casa y él solo un pariente pobre.

Ella le lanzaba siempre toda suerte de retos, pero él no recogía el guante. Molesta, Cambara lo aguijoneaba: «Tres desafíos por uno tuyo». Y se mojaba el índice, que es el modo en que los niños miden el tiempo de réplica del adversario: si el dedo se seca antes de que contesten, el rival pierde y el desafío expira, y entonces ella se declaraba vencedora. Él no quería meterse en problemas, prefería seguir viviendo y yendo a la escuela en Mogadiscio a volver a la miseria de la casa de sus padres, en el interior, cerca de Galkayo, en Mudug. Siempre consciente de la diferencia de altura entre ambos, lo irritaba que ella se la restregara por las narices.

Ahora opta por una táctica distinta. Habla en tono sentencioso, subrayando la validez de su razonamiento.

–Solo los estúpidos no temen nada.

–No te lo tomes así, por favor –se disculpa él.

Zaak se dispone a reemprender la marcha cuando Cambara repara en que están cerca de un mercado al aire libre. De hecho se cruzan con quienes vienen de la compra, los semblantes tristes de las mujeres envueltas de pies a cabeza en velos baratos, que a veces dejan a la vista los ojos y las manos nada más. Las mujeres llevan sus pequeñas adquisiciones en bolsas negras de plástico. El abatimiento de estas mujeres entristece a Cambara. Aunque los hombres parecen igual de adustos y frustrados, por lo menos se los ve relajados. Tal vez sea porque los hombres lleven oculto bajo el brazo el preciado haz de *qaat* recién cortado, el estimulante que algunos de ellos han empezado a mascar a esa hora de la mañana. En cambio, las mujeres no pueden esperar nada de importancia, salvo más penurias relacionadas con la guerra y violaciones e hijos enfermos a los que cuidar, maridos inútiles a los que sirven como esclavas mientras ellos mascan a placer y hablan de política.

Cambara se tiene ya por una víctima de este hábito, pues al fin y al cabo Zaak la ha sacado de la cama y la ha obligado a sobreponerse al letargo del desfase horario para acompañarlo a comprar su ración diaria. Ha encontrado restos de *qaat* en la habitación del altillo donde se aloja, el suelo está sembrado de los tallos secos que se descartan de la planta. Para alguien que no masca ni fuma, la habitación del altillo que le ha asignado le parece un lugar horrible y hediondo, con las paredes manchadas por el verdín de los escupitajos de los mascadores y tallos metidos en las grietas.

Cuando Cambara aprieta el paso con idea de alcanzarlo, tropieza, pierde el equilibrio y por poco cae al suelo. Zaak lanza una mirada acusadora a los pies calzados con sandalias, ahora cubiertos de arena fina, ocre.

–La próxima vez me pondré zapatos de caminar –dice ella.

–Si fuera tú, también me pondría velo.

«¡Las libertades que se toma!», piensa Cambara para sí, al sopesar lo que acaba de decirle. Evidentemente ha venido preparada, no es tonta: compró un par de velos, uno en Dearborn,

Michigan, y el otro en Nairobi. Aun así, se pondrá la condenada prenda porque a ella se le antoja, no porque él le haya aconsejado que lo haga. Necesita recordarse que va vestida distinta de las demás mujeres con las que se han encontrado por el momento, cuya gran mayoría lleva velo, algunas con las tradicionales túnicas guntiino, otras envueltas en poco menos que harapos. Ella viste un caftán y solo por eso ya destaca entre todas las demás. Se lo puso, razona para sí, porque lo tenía a mano y no ha tenido tiempo de abrir las maletas y revolverlas en busca de un velo. Además, ese caftán hecho a medida le permite llevar un cuchillo discretamente.

—¿Te llevo a un puesto de difuntos, para que puedas comprarte uno? —le pregunta Zaak. Ella advierte la malicia en sus ojos e interpreta la expresión como el reto del varón a que la mujer desafíe la reciente imposición que decreta que las mujeres deben llevar velo. Cuando era joven, la prenda era inusual entre las mujeres somalíes; las mujeres árabes y unas pocas aborígenes de la ciudad la usaban.

—¿Puestos de difuntos? ¿Por qué se llaman así?

—Son puestos donde se compran velos de segunda mano.

Entonces Zaak explica con detenimiento que en los últimos años ha habido una avalancha de ropa de segunda mano para abastecer a los países pobres del mundo, puesto que muchos de los que residen en estas regiones no están en condiciones de pagar los precios astronómicos que se piden por la ropa nueva.

—Entiendo —dice ella y asiente con la cabeza.

Zaak está en su elemento, así que continúa.

—Los puestos de difuntos están a cargo de empresarios locales, que compran contenedores llenos de ropa usada por prácticamente nada a una casa de mercancías de saldo y luego las traen aquí importadas. Según los importadores y los minoristas, parecería que es una bicoca para todo el mundo. La verdad, por desgracia, es muy otra.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque esta práctica ha destruido las industrias textiles locales, que ya no pueden competir con los bajísimos costes del sector. La gente ha apodado este nuevo uso con un cinismo cargado de sabiduría: ¡ropas de difuntos de los puestos de difuntos!

A continuación una pena enorme desciende sobre Cambara,

al recordar que llevó una maleta con la ropa de su hijo muerto y la donó a la beneficencia, para que se repartiese entre los pobres de Toronto. Desde luego no sabe dónde habrán ido a parar las prendas de su hijo muerto. Hace años, cuando vivía aquí, era tradición entre la gente acomodada ofrecer la ropa de sus difuntos a una mezquita. Ahora, a la acerada luz de lo que acaba de conocer, se da cuenta de que no bastará con ignorarlo. No le quedará más remedio que pensar que es mucho mejor y juicioso deshacerse de las prendas que tan gratos recuerdos le traen, al evocar a su hijo vestido con ellas, lleno de vida. Esperará unos días antes de decidir qué hacer y a quién regalarlas.

—¿Qué me dices? —insiste Zaak—. ¿Te llevo a un puesto de difuntos para que te compres un velo?

Cambara elude la cuestión, planteándole a su vez una pregunta.

—¿No habías dejado de fumar muchos años antes de marcharte de Toronto? —lo interroga.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿por qué has vuelto?

—Un vicio lleva al otro —contesta él con una sonrisa pícara.

—¿Qué quieres decir?

—Mascar *qaat* es el primer vicio que adquirí a mi regreso —dice, agitando el cigarrillo entre dos dedos—. Entretiene.

—¿Qué, fumar?

—Mascar *qaat* me ayuda a soportar la soledad del día a día —contesta él—. Verás que Mogadiscio es una metrópolis sin ninguno de los atractivos propios de las grandes ciudades. Aquí no se hace nada: no hay clubes nocturnos, no hay actividades de ocio y no hay bares donde ahogar las penas, porque ni siquiera en las tabernas se sirve alcohol. Solo en los restaurantes.

—¿No hay salas de cine?

—Ni una sola que merezca ese nombre.

—¿Ni teatros?

—Ninguno —dice él.

—¿Qué ha sido del Teatro Nacional?

—El Teatro Nacional está en manos de un señor de la guerra, y sus milicianos han desmantelado el escenario y toda la utilería para alimentar el fuego, así como los escritorios, las puertas, la viguería del techo y hasta el último pedazo de madera. El

tejado se ha venido abajo y todo lo demás, incluso las cisternas, los lavabos y las bañeras de los servicios, por no mencionar las verjas de forja o los ordenadores, ha sido arrancado, saqueado o vendido.

–¿Y si alguien quisiera montar un espectáculo?

–Sería un éxito garantizado, pero eso no va a suceder.

–Supongo que los señores de la guerra que controlan la ciudad no lo permitirían –se aventura Cambara.

–O intervendrían los tribunales islámicos para impedir que saliese adelante –dice Zaak.

–¿Con qué argumentos?

–Con argumentos morales o teológicos.

–Pero ¿crees que la gente corriente iría a verlo?

–Yo creo que sí –responde él.

Cambara no oculta su entusiasmo.

–¿Cómo se divierten los jóvenes armados cuando tienen tiempo y sueltan los fusiles?

–Ven en vídeo películas hindis, coreanas, italianas o inglesas.

–No irás a decirme que saben todos esos idiomas.

–Las películas están dobladas al somalí.

–¿Dobladas? ¿Y quién las dobla?

Salta a la vista el contento de Zaak, satisfecho de haber impresionado por una vez a Cambara por saber algo de lo que ella no tiene la menor idea.

–Existe una pujante industria de doblaje en Mogadiscio –dice–. También se producen películas de kung-fu, rodadas íntegramente aquí.

–¿Y dónde se exhiben?

–En los antiguos edificios gubernamentales, que tras la caída del aparato estatal son terreno de nadie, el espejo de la decadencia, ocupados por los sin techo de la ciudad. El Ministerio de Asuntos Exteriores, los institutos politécnicos, las escuelas de secundaria...

–¿Cómo se distribuyen las películas?

–Los habitantes de Zanzíbar que huyeron de la lucha de su país y se instalaron aquí –le informa Zaak–, han acaparado ese sector de la industria. Ejercen un control absoluto, al estilo de la mafia.

–¿Has visto alguna de esas películas dobladas?

–No, yo no.

Quizá solo tiene tiempo para el *qaat*, piensa Cambara, antes de lanzarle una nueva pregunta.

–¿Conoces a alguien que las haya visto?

Zaak niega con la cabeza.

–No.

Cambara ha de ponerse en contacto con Kiin, la directora del Hotel Maanta, que según Raxma, su amiga íntima de Toronto, mantiene muchos contactos y podría contribuir al propósito de Cambara, aún incipiente, de obtener información acerca de las cintas de vídeo, así como a establecer vínculos en la ciudad, entre ellos con la Red de Mujeres, donde podrían prestarle ayuda en toda suerte de asuntos.

Cambara reconoce que ha dado un paso en falso llegando a Mogadiscio tan a la ligera, sin más direcciones ni números de teléfono que los de Zaak, ni haber entablado contactos personales previamente. Quizá es demasiado tarde para lamentar la precipitación con que se decidió, aunque por descontado hacía tiempo que barajaba la posibilidad de hacer esa visita. Sea como fuera, se propone no hablar seriamente con Zaak hasta que lleve un tiempo en el país.

No sabe qué estará pensando Zaak, pero no puede evitar imaginar que será más sarcástico que su madre, que se quedó perpleja cuando Cambara le comunicó que viajaba a Somalia. Al preguntarle para qué, Cambara abordó sin rodeos la cuestión y, con cierto aire desafiante, le dijo que se proponía recuperar la propiedad de la familia, arrebatársela al caudillo de las manos. Al instante Arda montó en cólera y tachó el plan de su hija de «descabellado».

–Es una locura de principio a fin –había comentado Arda.

Luego las dos mujeres, ambas tozudas, discutieron la cuestión hasta el final; Cambara recalcó que los señores de la guerra son cobardes y estúpidos, así que no sería difícil actuar con más inteligencia que ellos y arrebatárles la hacienda de la familia.

–Es un suicidio en toda regla –reiteró Arda.

Tras discutirlo durante días y noches, Arda dio su consentimiento al «plan abocado al fracaso» de Cambara, con una condición: que involucrara a Raxma, quien disponía de fantásticos contactos en Mogadiscio, y que mientras las cosas se

ponían en marcha Cambara esperara en Toronto o, en caso de adelantarse, se alojara con Zaak. Maquinadora sin igual, se puso manos a la obra para organizar clandestinamente una red de seguridad que protegiese a su hija y, al tiempo, pudiese mantenerla al corriente de los disparates que a esta se le ocurriesen. Solo entonces Arda accedió a «darle su bendición, por si sirve de algo, para un plan tan abocado al desastre como la carta de un suicida».

Zaak se sobresalta al ver que un carro de combate se precipita directo hacia ellos, calle abajo en medio de una polvareda, y agarra a Cambara del brazo derecho y la empuja a los arbustos de la acera, a los matorrales bajos. El vehículo lleva a un grupo variopinto de jóvenes armados hasta los dientes corroídos por el *qaat*. Cambara se pone en pie, se sacude el polvo del caftán y apenas tiene tiempo de verles la nuca antes de que el carro de combate se desvanezca en el remolino de arena que ha levantado a su paso.

–¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? –pregunta Zaak.

Cambara ha echado a andar de nuevo.

–¿Saben al menos los señores de la guerra por qué continúan luchando? –pregunta.

–No te sigo –dice Zaak.

–¿Acaso ellos y sus respectivos clanes están en una mejor situación económica que cuando empezó la guerra? ¿Han afianzado sus posiciones? ¿Por qué no paran de destruir lo que han obtenido por medios ilícitos?

Zaak se toma su tiempo antes de responder a estas preguntas, pero cuando lo hace, adopta el tono de quien cita a otro.

–Los señores de la guerra –dice– actúan con tanta lógica como un ejército de calvos luchando por adueñarse del mayor número de peines posible, sabiendo que para ellos carecen de utilidad.

–Entonces, ¿quiénes son los señores de la guerra?

–La escoria de la tierra.

Deseosa de plantar batalla a la idea de «suciedad» al hablar de guerra civil, Cambara siente renacer en ella la repulsión ante el recuerdo del desorden y la mugre en que vive Zaak. Se horroriza al constatar cómo ha aumentado su nivel de tolerancia desde que compartieron una vivienda, cómo soporta

que el suelo de su cuarto de aseo esté mojado de Dios sabe qué inmundicia y las bañeras renegridas como si las embadurnara con el hollín de una chimenea, mientras por la cocina reptan cucarachas y otros bichos y se revuelve en sábanas parduzcas de tanto usarlas. Quizá la guerra civil guarde alguna relación con el hecho de que Zaak haya bajado tanto el rasero de su tolerancia, aunque tal vez ella no puede afirmar que lo conociese íntimamente cuando lo ayudó para obtener el permiso de residencia en Canadá. Incluso recién llegado, Zaak pecaba de sucio, en especial por su costumbre de salpicar el asiento del inodoro, que hizo de la convivencia bajo el mismo techo una molestia diaria. Y antes que tragar quina o resignarse a soportarlo, prefería buscar un alojamiento alternativo.

No olvidará nunca la impresión de encontrarse con él en el aeropuerto: detectó el cinismo y la hostilidad tanto en su rostro como en sus comentarios, mientras arrastraba la media docena de bultos de equipaje que llevaba Cambara hasta el cuatro por cuatro. Enseguida.

—¿Has traído unos grandes almacenes? —le preguntó.

Sin reaccionar a su comentario, Cambara le contestó:

—Ya sabes cómo soy.

—Sé cómo son las mujeres —dijo él con tono censorio.

En un arrebatado de despecho, a punto estuvo de pedirle que la llevase a un hotel, y al infierno con lo que dijera su madre. Ha traído dinero suficiente en efectivo para alojarse en una habitación de cualquiera de los mejores hoteles, por larga que vaya a ser su estancia, pero una vez más se obliga a recordarse que actuará según su propio criterio: no se dejará empujar hacia decisiones precipitadas que luego pueda lamentar. Cuando ponen a prueba su paciencia, Zaak sabe de lo que Cambara es capaz, al igual que sabe que, ante la ofensa de un hombre, deja que su rabia actúe con independencia de sí misma.

Tan pronto llegaron a su vivienda, una vez le mostró su habitación y le señaló el aseo y el cuarto de baño contiguos, que serán solo para ella, Cambara sintió una flojera recorriéndole todo el cuerpo y tuvo que contener un bostezo. Zaak le propuso dejarla a solas para que se diera una ducha, se instalara y, si podía, durmiera un poco para recuperarse del desfase horario. Le explicó que debía acudir a una reunión urgente donde se

trataría el conflicto entre dos milicias pertenecientes a la misma rama del clan que estaban enfrentadas, algo que ocurría con cierta frecuencia, pero después volvería y la llevaría a su primera expedición al mercado al aire libre, donde compraba su ración diaria de *qaat*. Cambara oyó el ruido de sus pasos bajando la escalera, una puerta que se abría y se cerraba de golpe. Decidió echar una cabezada sin ponerse el camisón. Recuerda haber oído ruidos incesantes y próximos, que le hicieron pensar que Zaak estaba rondando fuera de su cuarto, tan cerca que creyó sentir incluso su respiración agitada.

De pronto lo oyó gritar con tono impertinente.

–Vamos, arriba, a levantarse, espabilando.

Todavía somnolienta, no creyó haber dormido más de cinco minutos.

Quizá habría sido mejor seguir durmiendo y ahorrarse una larga caminata hasta el mercado callejero para colmar las ansias de Zaak por conseguir *qaat*. Tan exhausta está que le cuesta mantener los ojos abiertos, el cansancio acumulado le hace sentir la cabeza pesada como un colchón empapado, la lengua inerte como un punto suelto en un edredón. Maldice entre dientes en su francés de Quebec, con la tranquilidad que él no entenderá una sola palabra.

Entonces, de repente, percibe una mezcla de fragancias que emanan de especias antiguas: se encuentra delante de un puesto de especias del mercado al aire libre y la vendedora trata de venderle una selección variada. De tan apabullantes que son, los fuertes olores de un batiburrillo de mentas casi la tumban hacia un costado. Bastante cerca de donde está, como paralizada por un maleficio, una mujer le hace señas. La otra mujer anima a Cambara a comprar las plantas y raíces comestibles de su tenderete.

–No he traído dinero –dice Cambara excusándose con la mujer, que le ofrece canela en rama recién cortada, semillas de comino, raíz de jengibre y cabezas de ajo.

La mujer le insiste con vehemencia y Cambara se irrita aún más consigo misma por no haber cogido algo de dinero. Un dólar es una fortuna para cualquiera de estas mujeres. Cuando Cambara se aleja un par de pasos del puesto, avergonzada, la mujer la sigue.

–Llévate todo lo que hay en la estera por un dólar. Es una ganga.

¿Cómo ha averiguado esta mujer que Cambara viene de otro lugar, de un país donde se manejan en dólares? Asombroso.

Finalmente, la mujer se lanza a un último recurso.

–Puesto que hoy no traes dinero, ¿por qué no te lo llevas y me pagas mañana?

Cambara no quiere ni hablar del tema: no soporta la idea de estar en deuda con alguien, por pequeña que sea la suma. De hecho, se lo explica con detalle y lo más llanamente que puede, pero la mujer no está dispuesta a dejarla en paz.

–¿Cómo es posible que no tengas nada de dinero? –la desafía la mujer–. Dime de dónde vienes, para que me entere. ¿*Amírika*? ¿*Inglalaterra*? ¿*Suicia*? ¿*Fillandia*? Anda, mete la mano en ese bolsillo y saca el dólar. Por favor, no me hagas perder el tiempo.

Mecánicamente, Cambara mete la mano en los fondos del bolsillo, como le ha ordenado la mujer, y sus dedos se encuentran con el cuchillo. Saca la mano vacía y la frota contra la otra mano.

–Hoy no tengo dinero. Ni un centavo.

–Aceptaré lo que hay en tu bolsillo a cambio de toda mi mercancía –dice la mujer.

Cuando Cambara repite que no hay ningún dinero en su bolsillo, los ojos acusadores de la mujer cuestionan sus palabras y ambas se sostienen la mirada.

–Llévate todas las especias y verduras de mi puesto –dice la mujer– a cambio del objeto que hay en el bolsillo del que has sacado la mano.

Cambara busca a Zaak, en vano. Curiosamente, sin embargo, no se siente ni abandonada ni amenazada, porque está entre mujeres. Goza viendo a tantas mujeres comerciando con productos locales, vestidas con las túnicas guntiino de vivos colores, el atuendo tradicional, y la complace el hecho de que dominen todo un sector del mercado. Muchas han dejado atrás la flor de la edad y no parecen preocupadas por llevar los pechos al descubierto; a Cambara le da la impresión de que no se andan con remilgos, tanto por su porte como por la actitud que mantienen unas con otras.

Se sacude de encima a la vendedora de especias y se adentra más y más en el lodo que inunda esa zona del mercado; mientras

avanza, una parte de su conciencia desea encontrar a Zaak y la otra se pregunta qué va a hacer si no logra localizarlo. Entonces ve a un niño sentado en una estera de esparto junto a una mujer, a la que supone su madre. Cambara se aflige al evocar una imagen. Atribulada, ahogada en la súbita pena que renace en su interior por su reciente pérdida, se serena un poco cuando advierte que la criatura es una niña. Junto a ella, sentada con semblante contenido, la mujer ofrece tomates, un montón de cebollas y unas pocas patatas casi secas y con poca enjundia.

Zaak ha vuelto.

–*Touché* –dice.

Cambara no le presta atención. Mira a la niña hasta que capta los tiernos movimientos adultos de la pequeña. La expresión de la chiquilla le recuerda a Dalmar, el hijo al que tanto echa de menos y al que ha empezado a ver en todos los niños de cualquier sexo o edad. Y eso no es todo: la pequeña solo tiene una pierna y la que le falta ha sido sustituida por una de palo, toscamente tallada en una madera veteada. Además, a medida que los recuerdos fragmentarios de Cambara se reúnen en torno a la pierna de madera de la chiquilla, ve a Dalmar, que disfrutaba mucho construyendo marionetas. La sonrisa dulce que la niña le dedica con coquetería, del mismo modo que una mujer sonreiría a un hombre, retrotrae a Cambara al último día que Dalmar pasó en este mundo, cuando se subió al asiento trasero del coche de su padre y le sonrió con gestos tiernos, diciéndole adiós con la mano. Una sonrisa tan dulce y cargada de sabiduría en una niña de tan corta edad, que sonríe con la actitud despreocupada de quien ha sufrido lo indecible para sus pocos años. La niña mece en brazos una muñeca de farfolla de maíz vestida con recato.

Cambara se obliga a mirar a la chiquilla a los ojos y halla el espejo de su propia pérdida. Siente que a pesar de todo a la niña la arropa cierto consuelo, el que le procura ser niña y madre al mismo tiempo, el que le permite esbozar una mueca ante la turbación de lo que entraña ser tan joven y haber padecido tanto. Cambara se inclina hacia la niña y se agacha hasta estar muy cerca de ella.

–Dime, ¿cuál es tu precioso nombre, cielo bonito? –pregunta Cambara.

Escruta los ojos grandes y oscuros de la niña como si se

asomase al insondable pozo negro que tan a menudo frecuenta desde la muerte de su hijo.

Aunque la niña repite su nombre varias veces, Cambara no logra desenmarañar las consonantes guturales y las vocales mudas de la niña. Su mirada va entonces de la niña a la mujer y al caos circundante, antes de volver una vez más a la chiquilla, que le canta a la muñeca de farfolla de maíz una nana acerca de una madre que ha sido violada, un padre asesinado, un tío desposeído de su hacienda y una hermana desaparecida de la que no se ha vuelto a tener noticia.

—¿Cuántos años tienes, cielo bonito?

—No lo sé.

Cambara permanece en cuclillas torpemente, sintiendo crujir todos los huesos, forzando todas las articulaciones y con los muslos hinchados y doloridos. Sabe que Zaak está cerca de allí, fumando un cigarrillo tras otro y desenvolviendo el haz de *qaat* para arrancar las hojas brillantes, ásperas, y mascarlas con aire meditabundo, similar al rumiar de una vaca. Los ojos se le inyectan en sangre y el carrillo derecho se va llenando poco a poco, como los de una ardilla.

Va hasta él.

—¿Puedes prestarme algo de dinero? —le pide.

—¿Cuánto necesitas?

—Un par de dólares, en chelines.

—Tengo menos de un dólar —le dice él.

A Cambara se le revuelve el estómago al pensar que con lo que Zaak ha gastado en *qaat* pueden vivir varias familias una semana. ¡Qué despilfarro! Tan disgustada está que de pronto no soporta la idea de recibir dinero de él.

—Por favor, dales ese dinero a ellas —dice.

Y tiende ambas manos para sujetar la bolsa de plástico en la que la mujer ha metido la mercancía por la que Zaak ha pagado.

Caminando de vuelta a casa, Cambara no deja de arrepentirse por haber aceptado la condición que le impuso su madre de alojarse con su primo. En el trayecto, Zaak se para de vez en cuando, escoge los brotes más jóvenes y jugosos de su preciado haz de *qaat* y los masca ávidamente.

Ella, con repugnancia, aparta la mirada.